



“...¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual; porque lo que sucede a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado...”

150 años después: Homenaje al testamento de un Piel Roja “La tierra no pertenece al hombre, el hombre pertenece a la tierra”



Noah Sealth, Jefe indio Piel Roja

150 años después recobra vigencia la carta que el jefe indio Piel Roja, Noah Sealth, le envió en 1855 al Presidente de los Estados Unidos de América, el demócrata Franklin Pierce, quién empleando “palabras de amistad y buena voluntad” se mostraba interesado en comprar las tierras a esa comunidad indígena. “¿Cómo se puede comprar o vender el firmamento, ni aún el calor de la tierra?, se preguntaba en la misiva el jefe Piel Roja. Y agregaba: “si no somos dueños de la frescura del aire, ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?”.

El mensaje de Noah Sealth es considerado como “el primer manifiesto en defensa del medio ambiente y la naturaleza que ha perdurado en el tiempo...”.

El contenido de esta carta, sirvió como pretexto para que el profesor Saúl Meza Arenas y un grupo de estudiantes del curso *Fotografía Artística* de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, visitaran algunas regiones de Colombia, con el compromiso de “capturar” con sus cámaras fotográficas imágenes de nuestro ecosistema (algunas de las cuales publicamos en esta edición de **Cuestiones**), tomando como “fuente de inspiración” el contenido del “Manifiesto ambiental” del jefe indio, en el cual se integra la tierra, el agua y los recursos vivos, tal como lo reclama el conocido “enfoque ecosistémico”.

Pese al siglo y medio transcurrido, el testamento de Noah Sealth sigue vigente.

El texto completo de la carta es el siguiente:

“Desde Washington el Gran Jefe nos manda decir que desea comprar nuestra tierra. El gran jefe también nos envía palabras de amistad y buena voluntad. Es muy amable de su parte; sabemos que él no tiene necesidad de nuestra amistad. Pero consideramos su oferta, porque si no vendemos, puede que el hombre blanco venga con fusiles a quitarnos la tierra. ¿Cómo se puede comprar o vender firmamento, ni aun el calor de la tierra?. Dicha idea nos es desconocida. Si no somos dueños de la frescura del aire, ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos? Cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante mata de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los oscuros bosques, cada altozano y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria de mi pueblo; la savia que circula por las venas de los árboles lleva consigo las memorias de los Piel Rojas, los muertos del hombre blanco olvidan su país de origen, cuando emprenden su paseo entre las estrellas, en cambio nuestros muertos nunca pueden olvidar esta bondadosa tierra, puesto que es la madre de los Piel Rojas. Somos parte de la tierra y asimismo ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestros hermanos; el venado, el caballo, la gran águila; estos son nuestros hermanos. Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y del hombre, todos pertenecemos a la misma familia.

Por todo ello, cuando el gran jefe de Washington nos envía el mensaje de que quiere comprar nuestras tierras, dice que nos reservará un lugar en el cual podamos confortablemente vivir entre nosotros. El se convertirá en nuestro padre y nosotros en sus hijos. Por ello consideramos su oferta de comprar nuestras tierras. Ello no es fácil, ya que esta tierra es sagrada para nosotros.

El agua cristalina que corre por los ríos y arroyuelos no es solamente agua sino también representa la sangre de nuestros antepasados; si les vendemos las tierras, deben recordar que es sagrada y a la vez que deben enseñar a sus hijos que es sagrada y que cada reflejo fantasmagórico en las claras aguas de los lagos, cuenta con los sucesos y memorias de las vidas de nuestras gentes. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; son portadores de nuestras canoas y alimentan a

nuestros hijos. Si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben recordar y enseñarles a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también lo son suyos, y por lo tanto deben tratarlos con la misma dulzura con que se trata a un hermano.

El Piel Roja ha retrocedido siempre ante el avance del hombre blanco, como la bruma se retira de la montaña cuando llega el sol. Pero las tumbas de nuestros padres son sagradas. Sus tumbas son tierra santa, y así estas colinas, estos árboles, esta porción está consagrada a nosotros.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida.

El no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro ya que es un extraño que llega de noche y se toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino una enemiga, y una vez conquistada, sigue su camino, dejando atrás la tumba de sus padres, sin importarle. Le secuestra la tierra a sus hijos. Tampoco le importa. Tanto la tumba de sus padres como el patrimonio de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden como ovejas o cuentas de colores. Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto.

No sé, pero nuestro modo de vida es diferente al de ustedes. La sola vista de sus ciudades apena los ojos del Piel Roja. Pero quizá sea porque el Piel Roja es un salvaje y no comprende nada.

No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio donde escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o como aletean los insectos. Pero quizá también esto debe ser porque soy un salvaje que no comprende nada.

El ruido sólo parece insultar oídos. Y después de todo ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar el grito solitario de chotacabras ni las discusiones de las ranas al borde de un estanque? Soy un Piel Roja y nada entiendo.

Nosotros preferimos el suave susurro del viento sobre la superficie de un estanque, así como el olor de este mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado con aromas de pinos.

El aire tiene un valor inestimable para el Piel Roja, ya que todos los seres comparten un mismo aliento, la bestia, el hombre, todos respiramos el mismo aire. El hombre blanco no parece consciente

del aire que respira; como un moribundo que agoniza durante muchos días es insensible al hedor.

Pero si le vendemos nuestras tierras deben recordar que el aire nos es inestimable, que el aire comparte su espíritu con la vida que sostiene. El viento que dio a nuestros abuelos el primer soplo de vida, también recibe sus últimos suspiros. Y si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben conservarlas como cosa aparte y sagrada. Como un lugar donde hasta el hombre blanco pueda saborear el viento perfumado de las praderas. Por ello consideramos su oferta de comprar nuestras tierras.

Si decidimos aceptarla yo pondré una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos. Soy salvaje, no comprendo otro modo de vida.

He visto a miles de búfalos pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo como una máquina humeante puede importar más que el búfalo al que nosotros matamos para sobrevivir.

¿Qué sería el hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual; porque lo que sucede a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado.

Deben enseñarle a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros abuelos. Inculquen a sus hijos que la tierra está enriquecida con las vidas de nuestros semejantes a fin de que sepan sujetarla. Enseñen a sus hijos que nosotros hemos enseñado a los nuestros que la tierra es nuestra madre. Todo lo que ocurra a la tierra le ocurrió a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen en el suelo, se escupen a si mismos.

Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre, el hombre pertenece a la tierra. Esto sabemos: todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. Todo va enlazado.

Todo lo que ocurra a la tierra, le ocurrirá a sus hijos de la tierra. El hombre no tejió la trama de la vida; él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace así mismo.

Pero consideramos su oferta de irnos a la reserva que tiene para mi pueblo. Viviremos apartados y en paz. Importa poco dónde pasaremos el resto de nues-

tros días. Nuestros hijos han visto como sus padres fueron humillados en la derrota. Nuestros guerreros están avergonzados, y tras la derrota viven en el ocio, contaminando sus cuerpos con comidas azucaradas y bebidas fuertes.

Importa poco dónde iremos a pasar nuestros últimos días; no nos quedan muchos. Pasarán unas horas, unos cuantos inviernos más y ya no quedará ningún hijo de las grandes tribus que habitaron esta tierra ahora errantes en grupos pequeños por los bosques que, ante las tumbas, llore la muerte de un pueblo que una vez fue tan poderoso y optimista como el suyo. ¿Pero por qué lamentarse del fin de mi pueblo? Las tribus las forman los hombres, ni más ni menos. Y los hombres vienen y se van como las olas.

Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él, de amigo a amigo, queda exento del destino común. Después de todo, quizá seamos hermanos. Ya veremos. Sabemos una cosa que quizá el hombre blanco descubra un día: Nuestro Dios, es el mismo Dios.

Ustedes pueden pensar ahora que Él les pertenece lo mismo que desea que nuestras tierras les pertenezcan; pero no es así. Él es el Dios de los hombres y su compasión se comparte por igual entre el Piel Roja y el hombre blanco. Esta tierra tiene un valor inestimable para Él y si se daña, provocaría la ira del Creador. Contaminan sus lechos y una noche perecerán ahogados en sus propios residuos.

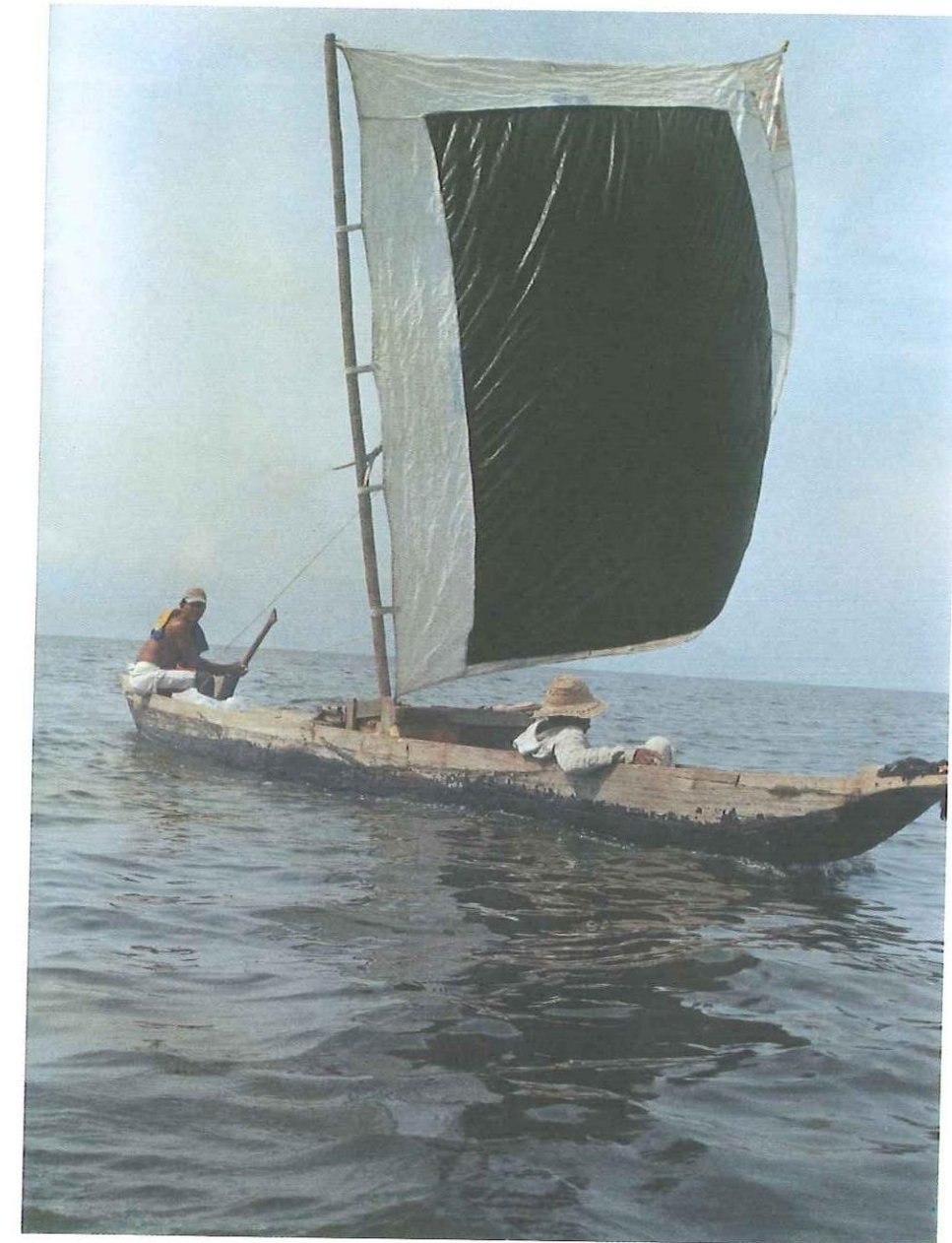
Pero ustedes caminarán hacia su destrucción rodeados de gloria, inspirados por la fuerza de Dios que los trajo a esta tierra y que, por algún designio especial, les dio dominio sobre ella y sobre el Piel Roja. Ese destino es un misterio para nosotros, pues no entendemos que se exterminan los búfalos, se doman los caballos salvajes, se saturan los rincones secretos de los bosques con el aliento de tantos hombres y se atiborra el paisaje de las exuberantes colinas con cables parlantes. ¿Dónde está el matorral? Destruído. ¿Dónde está el águila? Desapareció. Termina la vida y empieza la supervivencia.

De manera que consideramos su oferta de comprar nuestra tierra. Si la aceptamos, será para asegurarnos la reserva que nos ha prometido. Quizá allí podamos terminar como desearíamos. Cuando el último Piel Roja se haya desvanecido de esta tierra y su memoria no sea más que la sombra de una nube

que recorre la pradera, estas costas y estos bosques
conservarán los espíritus de mi pueblo, porque ellos
aman esta tierra como el recién nacido el latir del
corazón de su madre .

Si les vendemos nuestra tierra, ámenla como
nosotros la hemos amado. Cuídenla como la hemos
cuidado. Recuerden siempre el estado en que se
encontraba la tierra cuando la tomaron. Con toda
su fuerza, con toda su mente, con todo su corazón,
consérvenla para sus hijos y ámenla como Dios nos
ama a todos.

Lo que sí sabemos es que nuestro Dios es el mis-
mo Dios. Esta tierra le es muy querida Ni siquiera
el hombre blanco puede librarse del destino común.
Quizá seamos hermanos después de todo. Lo vere-
mos”.



“...Somos parte de la tierra y asimismo ella es
parte de nosotros. Las flores perfumadas son
nuestros hermanos; el venado, el caballo, la
gran águila; éstos son nuestros hermanos.
Las escarpadas peñas, los húmedos prados,
el calor del cuerpo del caballo y del hombre,
todos pertenecemos a la misma familia...”



“El aire tiene un valor inestimable para el Piel Roja, ya que todos los seres comparten un mismo aliento, la bestia, el hombre, todos respiramos el mismo aire.

El Hombre blanco no parece consciente del aire que respira; como un moribundo que agoniza durante muchos días es insensible al hedor...”